

Zeitschrift: Boletín hispánico helvético : historia, teoría(s), prácticas culturales
Herausgeber: Sociedad Suiza de Estudios Hispánicos
Band: - (2007)
Heft: 10

Rubrik: José Antonio García Simón (Cuba). Tres fragmentos

Nutzungsbedingungen

Die ETH-Bibliothek ist die Anbieterin der digitalisierten Zeitschriften auf E-Periodica. Sie besitzt keine Urheberrechte an den Zeitschriften und ist nicht verantwortlich für deren Inhalte. Die Rechte liegen in der Regel bei den Herausgebern beziehungsweise den externen Rechteinhabern. Das Veröffentlichen von Bildern in Print- und Online-Publikationen sowie auf Social Media-Kanälen oder Webseiten ist nur mit vorheriger Genehmigung der Rechteinhaber erlaubt. [Mehr erfahren](#)

Conditions d'utilisation

L'ETH Library est le fournisseur des revues numérisées. Elle ne détient aucun droit d'auteur sur les revues et n'est pas responsable de leur contenu. En règle générale, les droits sont détenus par les éditeurs ou les détenteurs de droits externes. La reproduction d'images dans des publications imprimées ou en ligne ainsi que sur des canaux de médias sociaux ou des sites web n'est autorisée qu'avec l'accord préalable des détenteurs des droits. [En savoir plus](#)

Terms of use

The ETH Library is the provider of the digitised journals. It does not own any copyrights to the journals and is not responsible for their content. The rights usually lie with the publishers or the external rights holders. Publishing images in print and online publications, as well as on social media channels or websites, is only permitted with the prior consent of the rights holders. [Find out more](#)

Download PDF: 21.01.2026

ETH-Bibliothek Zürich, E-Periodica, <https://www.e-periodica.ch>

José Antonio García Simón (Cuba)
Tres fragmentos

la doctrina

Sufrir no ennoblece. Quienes piensen lo contrario se equivocan. Privado del aura mística, sufrir no es más que un lastre del cual el cuerpo nunca encuentra cómo despojarse. Por lo general la vida se resume a una sucesión de tormentos reales o imaginarios que nada cambian al hecho de que, en su conjunto, el homo sapiens se defina por su vileza o, a lo sumo, por su mediocridad. Evidencia que no ha de traducirse en resignación ni fatalismo. Más bien quienes hayan logrado ciertas luces en el trasfondo humano han de enfrentarse a la torpeza de la especie. En cierta medida, desde sus principios, la evolución de la humanidad ha respondido a semejante dialéctica y carecemos de motivos para pensar que deje de ser así. El desafío consiste pues en acertar con los métodos de lucha adecuados a la especificidad de cada época. De ahí la importancia vital de cernir las dinámicas que configuran al hombre contemporáneo. Claro está que una comprensión exhaustiva resulta ilusoria, sin embargo, bástenos señalar algunas de las tendencias fuertes para así guiar nuestro empeño. Diversas lecturas y observaciones me han hecho acatar provisoriamente la consiguiente rasgología –si la palabra no existe me la apuntan– diseñada por cierta corriente –¿cuándo no?– francesa: puesto que la lógica de la competencia se ha diseminado aun en el más mínimo resquicio del devenir occidental, la performance impregnando todo lazo social, asistimos a una instrumentalización creciente de las relaciones humanas en la que se opera una fusión de la esferas pública y privada a través de la supeditación común a las normas de éxito y autenticidad. Dicho proceso conlleva a un consumo de las relaciones marcado por el hecho de que cada individuo ve antes que todo en el otro un punto de comparación, una medida para situar su lugar en la carrera, es decir su singularidad. Triste engranaje en el que la competencia nunca cesa; como tampoco su búsqueda de estimulantes, sean ya las drogas o el sexo, a fin de mantener la

euforia—combustible de esta maquinaria insaciable. Así se esclarece cómo la utopía de los sesenta, la de una vida desalienada, al cabo de los años y vaciada de su esencia se haya convertido en tópico del discurso moral imperante—la publicidad es el cliché por excelencia—y que las potencialidades subversivas del deseo se vean desviadas, si no anuladas, por una estructura en extremo flexible. Sin embargo es precisamente en esa entidad frágil y efervescente, el individuo, que anida la última trascendencia en vigor —esto es, la autorreferencia como referencia. Queda entonces manifiesta la necesidad de trasladar la lucha a escala personal por medio de prácticas que escapen a la lectura según los códigos del sistema: calladas, lentas, oscuras, subversivas: a largo plazo un verdadero trabajo de zapa. Resultaría contraproducente concertar tales esfuerzos, ya que su visibilidad atraería el despliegue insidioso de los dispositivos de control y de recuperación; lo cual induce a una percepción radicalmente distinta del compromiso político. Digamos que cada activista ha de iniciarse, según sus posibilidades y en absoluto secreto, en lo que sería una guerra de guerrillas contra las normas y costumbres que a diario nos inclinan, querámoslo o no, a colaborar con el sistema. A cada cual sus sabotajes clandestinos —ésta debe de ser la única consigna. Se nos podría objetar que tal resolución conduciría a un fuego cruzado entre partes de un mismo bando. Difícil imaginar un desenlace distinto, no lo niego. Pues bien, sépase que es éste y no otro el resultado deseado: deflagraciones ínfimas, en serie, aleatorias, disímiles, minas anónimas, imperceptibles abismos de sangre. Cuando las redes del sistema por fin intenten conjurar el caos será ya tarde demasiado tarde —la violencia paridora de violencia, en cada nudo crecerá la entropía— y no quedará sino un furor inextinguible que arrasará hasta la nada. ¿Y volver a empezar? No sé. Pero el fin ya está en marcha. Hay quienes boicotean ciertas marcas de bebida o de ropa o cadenas de comida rápida, hay quienes deciden no pagar más impuestos ni hipotecas ni rentas de seguro ni alquiler, hay quienes se niegan a trabajar, pronto otros se darán a poner bombas por cuenta propia, nada que ver con el terrorismo islámico ni con grupos radicales, no, será un terror de otro género, sin causa, tan sólo la voluptuosidad de la detonación y del temblor devastador, un terror puro, indescifrable, al igual que los *hackers* aniquilando bases de datos, ataques intrazables, apocalipsis virtual. Contra la mano invisible del mercado la mano ciega del caos. Por mi parte, sin excluir la validez de las alternativas precedentes, compelido quizás por una tara humanista y aun por

afinidades estéticas, he optado por luchar en un terreno hasta ahora poco explorado. Volviendo a nuestro análisis, se nos da que en el contexto actual apenas existen brechas en las que el individuo logre escapar a su condición de núcleo de envidia y ambición, de mónada egocéntrica que en el otro sólo mira a sí mismo –ese reflejo deformado por la velocidad del choque. ¿Cuál será nuestro objetivo entonces? Ya lo habrán adivinado y hasta pensado en lo trivial de la respuesta. Pero, a esta escala, lo extraordinario se perderá en las tinieblas y sólo cuenta el crudo cotidiano: buscar que el hombre trascienda su unicidad, su finitud, hacia algo más, algo que se resista a todo cálculo utilitario, algo desconocido, sin nombre, que uno presienta en sí mismo y, sin embargo, más allá. De plano rechazo la posibilidad de Dios, en todo caso como institución de templos, y confieso que, en realidad, aún se trata de una vaga intuición, pero lo cierto es que la vena *mística* –llamémosla así por comodidad–, al imponerse ante la racionalidad instrumental, sesga la obsesión de la performance, el flujo tenso de la competencia. Multiplicar dichas obstrucciones equivale a fisurar los muelles de la maquinaria, bien que de modo insignificante –pero el caos presupone, en un inicio, desviaciones irrelevantes. Necios aquellos que depositen su fe en la política o la religión como vectores de ese anhelo de fundirse en una existencia más vasta. Al mirar con ojo clínico y no utópico, que es como ha de ser escudriñada la realidad, nos percatamos que el compromiso absoluto, vital, corresponde a eras con referentes normativos duros y estables, en nada parecida a la nuestra regida por un conjunto de valores tan blandos e inasibles como los individuos que la conforman. ¿Qué nos queda? Bien consabida es la respuesta –el amor– aunque no mi variante –la frustración amorosa. En efecto, dado que el sexo es el opio predilecto de nuestros contemporáneos, propiciado por una erotización abusiva del espacio público con fines comerciales, la seducción ofrece un campo de batalla inigualable. No hay nada novedoso en plantear que la atracción sexual pone en movimiento las capas más profundas del ser, aun la aventura más nimia comenzará con una sacudida interior. Y en ello se fundan las sospechas y las esperanzas que a lo largo de los siglos ha despertado la libido. Pues bien, atengámonos a desviar la energía sexual para forzar una ruptura de la conciencia. En dos etapas se sintetiza nuestra acción: 1) fractura del ser y 2) muerte transfiguradora. Insistimos, una vez más, en que todo esto es sabido desde épocas remotas por aquellos que han dedicado un mínimo de estudio a las cuestiones sexuales y amorosas. En realidad, nuestro objetivo

carece de ambición, reduciéndose a crear las condiciones necesarias (que no suficientes) para descentrar la trayectoria del individuo y posibilitar así la aparición de estados límites, es decir, fases de desequilibrio total durante las cuales la persona *acaso* experimente una transformación radical, y esto gracias a una destrucción metódica del ego. El amor nos brinda un instrumento privilegiado para dicha aniquilación, ya que su esencia misma es la de violar las barreras del yo en aras de fusionar con el sujeto –las más de las veces objeto– amado. No obstante, esto sólo dura lo que dura la pasión y, por consiguiente, se nos vuelve indispensable aprovechar ese lapso efímero para arrojar al individuo ante su propia nada, su incompletud ontológica, o sea la imposibilidad de una fusión absoluta, redentora. Sólo así se plegará –*quizás*– al imperativo de dar con algo más que sí mismo, que sus propias máscaras rutinarias –inaplazable búsqueda de ese algo que puede irsenos tan rápido como el impulso que le dio a luz. Y aquí interviene el abandono como factor clave en este delicado proceso. Cegado por la ausencia, el yo es apenas un recuerdo diluido por la lava del dolor. Sufrir no ennoblece. No. Pero, en este caso preciso, nos hunde en la crisis. Y en la crisis está todo. Si has de salvarte, sólo será en tu pérdida. Choques azarosos fugaces violentos. Partículas de gaz. Golpear continuo. Al acecho de los límites. Siempre. Intangible. Al borde de la ruptura.

Sobre la evaluación

Las dos –era evidente– pedían a gritos ser extirpadas de su ombliguismo patológico. No lo sabían pero todo indicaba que, en el fondo, vivían a la espera de que algo (o alguien) las salvara de sí mismas. Todo comenzó en una reunión con el objetivo de coordinar las acciones de protesta contra la cumbre del G8 en Evián. Allí vi a Sarah por primera vez. No tardé en olvidarme de todo lo demás y ser sólo ojos para ella. Sus intervenciones eran directas, muchas veces cáusticas, aunque con el tacto suficiente para no lastimar susceptibilidades, apelaba al humor para rebatir las críticas o para predisponer la audiencia a su favor, sabía dejar correr su silencio hasta que el rumor de las posiciones encontradas se apagara y entonces, con una voz que era un estudiado canto, lanzaba su propuesta, flechazo certero –un arte consumado de la retórica. Había también esa risa ligera, nada vulgar, que respondía efusiva a las bromas. Debo admitir, sin embargo, que más me fascinó la soltura de sus caderas, acentuada por una flor del loto en

la caída de la espalda, que apenas ocultaba su pantalón *taille-basse*, y los senos de pezones soberbios que afloraban sin sostén bajo la camisa de raso. Sus brazos un tanto abultados contrastaban con la finura de su talle y con la dureza de su rostro, de ojos claros y labios llenos, velado de vez en cuando por una amplia mecha que se desprendía de sus cabellos castaños y ondulados. Era más que deseable y lo sabía. Sin duda le gustaba sentir cómo las miradas recorrían su cuerpo y se perdían en el bojeo sin nunca dar con sus ojos que, con deliberado desdén, parecían no enterarse de nada. No descuidaba sus afeites y su vestir era sobrio y fino –indicio común en otro contexto pero no en nuestra fauna alternativa en la que el buen gusto y el encanto pasan por una sumisión a los cánones de la estética burguesa y a su correlativa reducción de la mujer a objeto –ha de ser ésta la imagen que induce a que, de mis camaradas de squat, pese a una procedencia social nada humilde (o quizás por ello mismo), las más se atavíen con trapos ripiosos, cobrando ese aire de hippies atrasadas o de pordioseras o de taradas, ¿o será en cambio el triste hecho de que, por lo general, no rebasen el estadio estético de gárgola lo que las convierte en furias contra cualquier asomo de belleza –espectro invertido de la muñeca descerebrada que las obnubila? –a decir verdad, poco importa: mi medio nunca ha sido mi coto de caza.

No obstante, era este armonioso conjunto de cualidades lo que, a mi parecer, cavaba su tumba. Tanta perfección la distanciaba de la redención. Sabido es que el fracaso encarna cierta lucidez. Sin ir más lejos, los esperpentos que poblaban mi squat, pese a sus limitaciones, lindaban con lo cierto pues tarde o temprano se estrellaban ante la conciencia lacerante de su irrelevancia –también he de admitir que la preponderancia de otra concepción del amor (más flexible, sin el fierro de la propiedad) las volvía prácticamente inmunes a mi misión. No así Sarah, quien, además de las pretensiones que suele anidar una inteligencia por encima de la media, gozaba de una autoestima nutrida continuamente por el flujo de los suspirantes. A primera vista, su carácter hacía de ella un hueso duro de roer, resultaba disparatado por lo tanto que quienes lograran sus favores se desprendieran de ella sin oponer fiera resistencia, sobre todo en esta ciudad de exhibicionistas solapados –si no la amaban por lo menos la paseaban. Y suponiendo aun con toda lógica que la inmensa mayoría de éstos no despertara en ella el menor interés y a la vez que su vida amorosa se resumiera a un interminable fiasco, dicha codicia constituía un soporte con

bastante solidez como para mantener a salvo un amor propio nada despreciable. Consideraciones de esta índole y no otras me llevaron a poner miras en su suerte. Y ya que la seducción se equipara a un juego de circunstancias –no hay presa imposible: sólo circunstancias– aguardé, reunión tras reunión, el momento propicio. Llegaría con el lanzamiento de una iniciativa que buscaba evitar el desalojo de uno de los squat más antiguos y emblemáticos de Ginebra, vía la compra del edificio por parte de la municipalidad y cuya gestión sería luego concedida a los ocupantes del sitio. Más que acomodado en los trasiegos institucionales no era este squat precisamente santo de mi devoción, pero en menos de una década la vida alternativa de la ciudad había dado un salto nada cuántico de *moda* a especie en vías de extinción. Por demás, desde el inicio Sarah había abogado por tal maniobra. Me alisté pues para la colecta de firmas. En un primer tiempo hice caso omiso de la repartición y dejé que me inscribieran según las exigencias logísticas, tampoco mostré interés en saber con quién debería trabajar, en cambio, averigué con total discreción las fechas y los horarios de Sarah. Había un sábado donde era ella la que cerraba y se me antojó como el día señalado. Esperé la víspera de mi turno para aducir complicaciones laborales (!) de última hora de las que no me libraría antes del sábado. Reiteré mi disposición a participar la jornada entera y, en caso de que mi cambio afectara la organización, a encargarme solo del estante. Por esta vez me ahorraría tanto celo, alguien del sábado (me aseguraron) tomaría mi turno. No cedí a la tentación de preguntar el nombre del generoso suplente. Riesgo calculado, probabilidad de 0.5. Y bien que los auspicios me eran favorables –deducía– llegué al punto de operaciones, la Place Molard, un cuarto de hora antes con la ansiedad de aquél que desconoce si el futuro inmediato será el ansiado. Al parecer la cosecha de la mañana había sido magra, notábase desaliento en la pareja a cargo de la primera tanda, lo cual me hizo suponer que se trataba de novicios sin el fogueo de los altibajos de estas campañas. Lo que se me hacía menos comprensible era que el desgano también se apoderara de mí, quizá fuera el hecho de pasar el resto del día persuadiendo a la gente de refrendar una iniciativa que beneficiaría en primer lugar –y era ésta mi gran discrepancia– a los cabecillas del squat en cuestión con los que había tenido ya varios encontronazos –pero ésta es otra historia. Finalmente, los dos muchachos se despidieron y me quedé solo y balbuciendo argumentos que no surtían efecto en quienes se detenían a discutir. Las firmas que obtenía venían de convencidos

a los que ni siquiera precisaba trazarles las líneas generales del proyecto. A tal punto veíase la contrariedad en mi cara que, después de una defensa particularmente enrevesada, una vieja se exclamó indignada «¡ustedes lo que son unos ladrones!» Nunca he podido soportar a los viejos. Los más nunca supieron nada de la vida y, justo cuando están a tiempo de hacer algo útil, tampoco se les ocurre morir. La vieja me dio la espalda y bordeó la mesa, eché un vistazo alrededor y disimuladamente avancé hasta su altura y con un pie hice de obstáculo ligero a su bastón, lo suficiente para que se viniera abajo, desbocada, contra la acera. Plaf. Sonido fofo de un saco de huesos. Caída aparatosa pero sin graves consecuencias, apenas unos rasguños en la rodilla y en los antebrazos, eso sí, un dolor en la cadera que le arrancó –¡la pobre!– unas lágrimas cuando la ayudé a pararse. En un instante se formó un círculo de socorristas, duplicado de otro (mucho más amplio) de chismosos. Alguien llamó a una ambulancia. Entre tanto le di de beber y cariñosamente: tiene que tener cuidado, abuela, otra caída como ésta y no se levanta más. La expuse en una silla a modo de mascota, a ver si algún pasante se dignaba a firmar conmovido por la anciana squatter. Afortunada ocurrencia: si bien el número de firmas no se disparó durante la espera, por lo menos aceleró el ritmo hasta entonces casi nulo. No sé con qué grado de sospecha la vieja me considerara; conservó una actitud bien distante hasta la llegada de la ambulancia, luego sus saludos y agradecimientos me parecieron más que parcos, aunque, como atenuante, recuerdo que con toda solicitud me recomendó a un viejo interesado en saber de qué iba la iniciativa –¿o era que sabía que éste se portaría más insolente aún? ¡Eutanasia! ¡Qué asco vivir tanto! Creí que iba a pasar toda la tarde luchando contra la reacción gerontocrática, acosado por ese olor a carne pútrida, reseca, y a mirar esos labios en remojo de baba y de la demasiada mierda que hablan, tocado por esas manos temblorosas, chamuscadas, ah, descarnadas como la misma muerte, voces plañideras y cavernosas, ¡eutanasia!, pupilas empañadas, al acecho, maléficos hoyos de vidrio que espían simulando no ver, creía que estos gnomos rabiosos me iban a romper el espinazo de tanto tener que agacharme cuando la vi aparecerse: sí, era *ella*: aparición ya inesperada y ahora puro milagro, el fin de mis penas: blusa de escotes y la falda hasta las rodillas moldeando fielmente la perfección de su cintura, de sus muslos amplios, dando vuelo a esas piernas torneadas, y esos ojazos de ámbar que ahora sonreían al verme por primera vez –o reconcimpiéndome quizá.

Ganar su confianza resultó un paseo –cortesía de la causa. Después de decuplar en pocas horas las cuotas de firmantes –las huestes varoniles a sus pies– le propuse finalizar la tarde con un aperitivo. Cara a cara inicial en que se imponía la distancia: censurar los halagos o cualquier amago de seducción, llevar la conversación por trillos trillados. Pasamos de nuestras trayectorias respectivas a los embrollos de la política local o al fracaso de la izquierda y a otros temas de corte parecido, es decir, sin implicación real pero propicios al surgimiento de afinidades y, sobre todo, de divergencias –estas últimas más aparentes que ciertas pero tenía que forzarla al debate, denegarle concesiones, dejar bien claro que conmigo sus dotes no valían. El objetivo no era otro que distinguirme de la postura que Sarah solía hallar en el común de los hombres, suscitar un desconcierto leve, insidioso. Al despedirnos no le sugerí otra cita ni tampoco le pedí su número, más bien apuré el fin del encuentro pretextando otro compromiso –sin precisar de qué tipo.

La siguiente vez la suerte nos hizo coincidir en una conferencia de Attac. No recuerdo la temática, en cambio sé que la noche terminó en el Remor con un grupo de conocidos, donde no faltaba, donde no podía faltar ella. Después de dirigirle unas pocas palabras –en realidad no más que las habituales fórmulas de cortesía, nada cordial– desvié mi atención hacia los demás y en particular hacia una chica con quien había trabado amistad cuando cursaba mi primer y último año en la Facultad de Letras –ya decía el gran Schopenhauer que la academia embrutece. Me consagré pues a mi querida Nadèje, desempolvando anécdotas, retrazando nuestras andanzas desde la época de la universidad y, con el correr de los tragos, rescatando los guiños indecibles (esas manías que se enquistan, inextirpables, entre dos, bromas gastadas e incomprensibles para un tercero, muecas y poses y voces fijadas, recurrentes, reflejos condicionados) por donde encarna el desenfado, la intimidad. Además, aunábase la feliz circunstancia de que mi querida Nadèje fuera lo que acostumbra llamarse, según consideraciones de orden plástico, un trasto, una ampolla, algo absolutamente repugnante. Claro que había siempre para Sarah, si cruzaba su mirada, una sonrisa o alguna expresión afable, pero en nada difería del trato que afectaba con los otros. Y –¿por qué no decirlo?– aquella noche me lucí con éxito. Aclaremos que las condiciones eran óptimas, ya que entre los presentes varios sabían

de mis viajes, de mi prestigio en la militancia y, cómo no, de mi renombrada facilidad para con las mujeres: el marco ideal para una actuación asaz inspirada: me salieron bien los chistes, algunos recuerdos –siendo sincero, exageraciones y, más que todo, inventos– de situaciones peligrosas y/o realmente mágicas en América Latina causaron el impacto descontado, en los brotes de discusión me limité a un papel de observador sagaz, tan sólo aportando matices a las partes en pugna, dejando caer de vez en cuando alguna alusión erudita. Pienso no equivocarme si digo que logré guardar mi apariencia bajo absoluto control, conduciendo a mi guisa cada una de mis palabras, cada uno de mis gestos. Es de suponer que Sarah, al presenciar mi prestación o como yo prefería la compañía de semejante casco como Nadèje a la suya, notara que, para Leo, ella existía apenas en un segundo plano, insignificante. Comenzaba a girar el eje.

El tiempo

A río revuelto. La subida del telón nos depara un escenario adecuado a la sentencia. L'Etage, típico bar de la última ola alternativa, el cual a través de un supuesto empeño cultural que no supera la organización de mediocres conciertos y exposiciones y de interminables orgías electro, ¡euforia siempre la euforia!, alivia la conciencia de ese bizarro enjambre que, al roce de los treinta, busca olvidar el rostro saludable que se dibuja cada mañana en su espejo, ese cuerpo que va fragmentándose a la par de sus conexiones, múltiple, veloz, en los engranajes de una vida *activa*, pequeñas tenazas de confort que ya visten su piel, imagen pulida, sin rasguños, esa caricatura perfecta de la que se burlaban hace apenas unos años. No obstante, era ese fondo común de bienestar no asumido, esa pequeña culpa innombrable, viscosa, la que electrizaba el aire, rezumando una atmósfera ingenuamente lúbrica. Fue así que di con ella –acompañada por una muchacha, Mel, de un inconfundible porte de *garçon manqué*. Cedí a un diálogo divertido, en contraste con las ocasiones precedentes, y rápido supe que bogaba viento a favor. Disposición de la que hice uso para, bromeando, inocente, simulando sorprenderme a mí mismo, susurrar cumplidos al oído de Sarah. Vigilaba, empero, que mi presencia no acaparara demasiado espacio y, a su debido tiempo, operé un repliegue hacia un grupo de amigos que me sirvió de alibí para observarlas detenidamente –en particular a la otra. No demoré en notar la ambigüedad de aquel rostro: de niña pero

ensombrecido, duro, de ojos saltones, tristes, dilatados, ávidos, que pasaban peine fino al lugar. Un rostro duro. Sarah también tenía esa rigidez (congénita en las mujeres de esta ciudad, belleza recia, distante, sin gracia) pero no había en ella esa expresión taciturna, de espanto. Dicen que los ojos son las ventanas del alma –yo le deseaba que no. Por fin su mirada dio con la mía pero apenas respondió a mi brindis. Y aguardé en acecho a que la vela se diluyera en el mareo de la noche y, al cabo de un tiempo que no supe medir, mi espera se vio recompensada. En efecto, desde la retirada de su amiga, Sarah conversaba con unos tipos pero (para el que sabe ver) estaba sola. ¿De qué hablamos? No merece la pena abundar en detalles, la escena la repetimos todos, invariable. ¿He de precisar que las palabras adquirieron otro cariz y que nuevas máscaras, más sutiles pero a la vez más densas, sucedieron al original con que hasta entonces nos habíamos encarado –transfiguraciones en las que nos fuimos midiendo, quizás acercando, y confidencias y brotes de risa incontenibles, sin motivos, voces que no engañan, y también cierto roce de manos –frágil figura del deseo?

Pasaron días sin volverla a ver. Los dejé correr –del amor como del papalote: darle cordel para manejarlo a gusto. No había yo abierto fuego aún y, sin embargo, ya estaba abierta su herida. Lo sabía por esa mirada plácida y pícara con que me había agraciado y que sugería lo que parecía. Cualquier precipitación echaría por seguro a tierra la imagen indescifrable (y por ello deseada) que para ella había forjado. Pero la espera desespera –pese a todo mi rigor, con Sarah no era de descartar el riesgo de caer en mi propia trampa– y con indeseable frecuencia mi norte se desviaba hacia las cercanías de la Place des Augustins, irrelevante en mi geografía pero no en la de ella. Recuerdo haber aprovechado una vez el sol inesperado de una tarde otoñal para sentarme a leer en uno de los bancos de la placita, a ver si forzaba la casualidad de un tropiezo feliz. Por supuesto, Sarah no dio señales de vida y después de unas horas –incontables por lo eternas que se me hicieron; no muchas, sin embargo, pues el sol declina con premura en noviembre– me vi desertando tan inútil vigilia con el cuerpo entumecido –no había dejado el asiento un solo minuto ni mucho menos la postura de lector voraz a fin de parecer con toda naturalidad en caso de que ocurriese el encuentro; claro que algún extrañamiento causaría el sitio elegido pues al chirrido de los tranvías y a los tranques constantes y atronantes de las calles aledañas añadíase la barahunda

de niños que salían de las escuelas del barrio a poca distancia de allí y el incesante ir y venir ante el instituto de formación profesional que truncaba la plaza y, más que todo, las peleas repetidas de los drogadictos del centro de distribución de metadona de la otra cuadra –guardo memoria de una en especial: no sé cómo ni quién empezó, cuando saqué los ojos del libro ya él, en su silla de ruedas, se protegía de los puñetazos que ella intentaba propinarle y en una fallida maniobra de contraataque, y pese a la sorprendente destreza con que manejara la silla, fue a parar al piso –algo incomprensible si se tiene en consideración que la silla siguió rodando durante varios metros–, lo cual no atenuó la furia de su contrincante –luego supe que era su pareja–, quien lo roció de patadas hasta quedarse sin fuerza o era que quizás se diera cuenta de la potencia letal de sus tacones –todo sucedió demasiado rápido para entender el cambio de táctica–, lo cierto es que, después de un último puntapié bien esquivado por el paralítico, los taconazos hicieron estrago en aquella cara demacrada –anoto este detalle para explicar por qué, pese a la violencia de los golpes, no corrió la sangre– y de milagro no alcanzaron las sienes porque el objetivo aparente de la embestida era que el pobre lisiado no se parara más; a todo esto, un niño los miraba dando saltos alrededor y averiguando si era una bronca o un juego; la intervención de los amigos fue tan sobria como el estado en que se encontraban, así que la mujer tuvo aún la ocasión de espantarle un botellazo –¿de dónde salió la botella?– al tipo, el cual se arrastraba en dirección de la calle –¿buscando en los autos el fin de su calvario?–; una vez separados, ella se hizo del niño (que ahora se entretenía con la silla de ruedas) y se alejó replicando esporádicamente a las amenazas del inválido. Como ven, de haberse aparecido Sarah nada me hubiese salvado del ridículo.

Hubo otra vez en que el tiempo se hizo chicle, estirando los segundos a siglos. Sucedió durante el Festival de Cine Latinoamericano –pomposo título, de los que gusta emperifollarse la ciudad desde que ha ido perdiendo sus resabios protestantes, ya que, salvo contados estrenos, en su conjunto los filmes eran viejas producciones o estrenos de las ediciones anteriores. Al consultar el programa opté por una película hondureña; opción basada en dos sencillas razones: 1) la moda del momento era el cine argentino de la crisis –y para modas basta con el rebaño–; 2) nunca me imaginé que hicieran cine en Honduras. El día de la función llegué horas antes y compré un par de boletos. Ningún indicio inclinaba a pensar que Sarah vendría, pero tal era mi deseo que aposté a que

sí, y esa incertidumbre (más bien certeza adversa) hacía de mí un manojo de nervios cual adolescente antes de su primerísima cita. El adelanto se debía a que, si bien dejaba en manos de la a veces dadivosa Fortuna mi encuentro con Sarah, en cambio, no podía darme el lujo de quedarme a merced de la Cola –siempre roñosa. Tenía que esperar y de pronto me pareció que desde que la conocí lo único que hacía era esperar. Ya siglos de espera más tarde (convertida la mía en la más larga de la Historia –es enigma redundante que la percepción del tiempo nunca coincida con su medida–) al pasar de largo por la cola hacia el lobby, una cabellera de rizos, suelta, castaña, se incrustó en mis ojos, cubriendo de perfil el rostro que no necesitaba ver para creer. ¡Milagro de los milagros! Contenerme requirió un esfuerzo sobrenatural –dejé tan sólo aflorar una sonrisa (media tarada, ahora que lo pienso) cuando por dentro las sacudidas rompían la escala de Richter. Ella aceptó con agrado la invitación, pero de todos modos estaba obligada a hacer la cola para no abandonar a su amiga que, esta vez, desgraciadamente, no sería Mel. Ok, como todo un caballero les cedí mis tickets y ocupé el lugar de ambas en la fila, luego las alcanzaría. ¿Por qué tendrá la gente la maldita costumbre de salir en manada? La cola sufría de ese mal que suele aquejar a su especie, cangrejismo, y en vez de avanzar retrocedía, así que tres cuartos de hora después, y después de notar el notable despliegue de la cutícula por sobre mis uñas y después de reparar en el irreparable empeine que plagaba de blanco el cuero de mi zapato izquierdo y después de recordar el olvidable dinero que le debía al vecino de abajo y después de admirar las admirables nalgas que me adelantaban y pensar que aún no había comido y que hacer el amor con hambre era una desgracia y de volver a la deuda impagada (impagable) y a sesudos cálculos para decidir si invitaba o no a Sarah y a su amiga (o a las nalgas de adelante) a unas copas y después de bajar a comprobar la humedad inexistente del empeine y de tropezar sin querer queriendo con las nalgas que se convirtieron en monte de venus ¡oh tan fugaz! y en una cara desabrida a la espera de mis disculpas para de nuevo ser nalgas, duras, durísimas nalgas, y después de decirme a mí mismo que ni en Honduras esperarían tanto y que si no fuera por Sarah (y por aquellas nalgas) hubiese vendido el billete hacía rato y acordarme de que si andaba anclado en la fila era porque mi entrada la tenía ella y la suya el sapo que hoy le servía de amiga y después, después de las mil y una hora estaba a distancias siderales de la puerta y aún ahora no entiendo por obra de qué sortilegios conseguí entrar en la sala; ya

tinto en canas, doblado por el peso imponderable de cada milésimo de segundo, vi (o aluciné) un ángel (o una diosa) alzarse y su voz de diva glorificar ¡mi nombre! señalando ¡gracia divina! un solio ¡para mí! a su áureo lado.

Antes del inicio, el hombre de barba monacal y voz sedante, que año tras año presentaba cada selección, con un timbre más apagado que de costumbre anunció que, por causas ajenas a nuestra voluntad, la cinta no había llegado y que, en sustitución, se proyectaría una serie de reportajes programados en un primer tiempo para la clausura, por lo tanto prometía una tanda inolvidable. Y, efectivamente, inolvidable resultó un documental que con lujos de detalles mostraba un ingenioso método de abastecimiento energético en un pueblito de campo cubano, basado en la recuperación del excremento vacuno en enormes cubas en las que, mediante un complejo proceso de licuación, dichas reservas eran propulsadas por unas turbinas que alimentaban la planta eléctrica de la zona, lo cual disminuía la duración promedio de los apagones de dieciséis a doce horas diarias, demostrando a su vez la superioridad de rendimiento de la energía fecal en comparación con la hidráulica. Según un alto funcionario a cargo del proyecto, gracias a un nuevo plan gubernamental llamado «Cero Apagón», la experiencia sería rápidamente implementada en el resto de la isla. Por otra parte, era objeto de investigación la posibilidad de usar las materias fecales humanas en las regiones carentes de ganado. Cuba pasaría así a ser el primer país del mundo en fundar la totalidad de su consumo energético en fuentes de energías renovables... El segundo reportaje era dedicado a las ancestrales técnicas de la artesanía

y aquí hay un hueco que no logramos zurcir porque, a pesar de su empeño en no desconectar, dio un cabezazo y luego no consiguió atar los cabos, sólo le pareció entender que los venerables artesanos –el atributo procede del documental y es de suponer que lo justificara la cualidad de indígenas– se habían convertido al arte de ¿la plastilina? –muñequitos de plastilina en la pantalla– alcanzando una maestría inigualable

y aquí dio otro pestañazo y el telón no volvió a correrse hasta que Sarah, sombra en un chorro de luz, lo zarandeara risueña mientras le preguntaba si le había gustado.

No obstante, aún faltaba lo mejor. En lugar de eclipsarse después del lapso formalmente debido, la amiguita, cuyo nombre no quiero recordar, se empeñó en envenarnos con su presencia (y por si fuera poco, los tragos a cuenta mía) en el Code Bar, llegando al descaro de rebatir un comentario mío que no era destinado a ella ni a nadie. No intenté ningún acercamiento en el cine, dando por hecho que más tarde quedaríamos a solas los dos. Pero no. La otra mentecata no se daba cuenta (o no quería darse cuenta –me inclino por lo último: la fealdad y el resentimiento nunca andan lejos–) de que sobraba y de que por el momento lo que aquí se decía no pasaba de simple palabrería. En vano busqué una señal de Sarah para que la otra despejara. Es más, salió tan vindicativa como el sapo a sentar posiciones, negándose a consentir que lo único que subsistía en Cuba era un régimen totalitario al servicio de un dictador senil –única acotación de mi parte a la inolvidable tanda–, acudiendo a un minucioso recuento de las conquistas –¡la luz de mierda inclusive!– del sistema. Me limité a intercalar de vez en cuando «senil», no para persuadirlas sino más bien porque me gusta cómo suena la palabra, y fingí escuchar su perorata con la amarga impresión de asistir a una discusión que se repetía más allá de nuestra voluntad, quizás las palabras en esta mesa no diferían de un ápice de las esgrimidas desde hacía décadas en cualquier café de Buenos Aires o de París –y es que hay temas en que la razón parece condenada a una guerra de trincheras. Raro, pero se me había virado la noche con una polémica sin interés cuando mi único propósito era dar pie a una salida del sapo, no a un cruce de fuegos. Y, para colmo, de ahí saltaron a consideraciones sobre no sé qué países hasta caer en la última moda, la globalización –decididamente era un cerco tras otro–; sabio discurrir pero no para mí que lo asociaba con mis ideas en este preciso instante: globos, pompas, burbujas, idas del aire, punto muerto, nada de la que no lograba extirparme, alejándome etéreamente de mi instinto carnal. Solo uno siempre se siente más inteligente –y tal vez lo sea. ¿Por qué digo esto? Ya me vendrá. Lo cierto es que aquel arretrato intelectualoides a dos voces –obviamente era la amiga la que más se lucía; fea al fin y al cabo, tenía que callar sus complejos– me apabulló a tal punto que, ya despidiéndonos, sufrí un desliz que bien caro pudo costarme y por lo tanto merece ser aquí transcrito:

Sarah –natural–: Bueno, ¿cuándo nos vemos?

Leo –groggy–: Déjemos que el azar disponga.

«dejemos que el azar disponga» –¿a quién se le ocurre tamaña estupidez? Demás precisar que la saqué de paso al no pescar que el azar acababa de pasarme la mano. Fue cuando besé al sapo que una luz me alumbró entre las brumas del k.o. y raudo lancé un gancho de credo determinista: Pero el azar no existe –ahora con una sonrisa fatalmente idiota.

Sobre la topología

Nos vimos días después –fue ella quien me llamó. El lugar de la cita debía corresponder a criterios estrictos: 1) situarse a distancia considerable de mi squat para no ceder a la tentación en caso de que los avances se revelaran concluyentes –la incógnita de mi espacio vital jugará, ya lo verán, un papel fundamental en la imagen hermética, inalcanzable, que para ella tejiera; 2) situarse relativamente cerca de su apartamento para que el acto de acompañarla no pareciera forzado. Escogí un bar que propiciaba la doble ventaja geo-económica de quedar en pleno Augustins, el barrio de Sarah, y de ser el barman un camarada de la Intercantonal Anarquista. En contravención a las reglas estipuladas, llegué retrasado adrede de más de veinte minutos. Sin grandes aspavientos pretexté una reunión inaplazable a la vez que adoptaba una expresión absorta, como si este *rendez-vous* no alcanzara suspender mi noblísima turbación –¡oh, el halo de la militancia! Actitud que, de paso, me brindaba una variación más: al joven discreto del estante sucedía el desenfadado seductor de L'Etage, después el polemista áspero del cine y ahora, sencillamente, un hombre entregado por completo a sus principios –¿comparable a la entrega que ella esperara de su pareja?: dilaciones dilaciones: sabe que el asunto no es ése pero no le desagrada la asociación. Tampoco vayan ustedes a imaginarse que era ésta la figura que buscaba plasmar, porque ella (versada en el asunto) bien que podía estar, a estas alturas, más que harta de un sacerdote de la política. No me tachen de ingenuo. Recordemos el centro de nuestra estrategia: hacerle saber que ella no era nuestro centro. Y algo descentrado transcurrió aquel encuentro, la conversación extraviada por zonas oscuras donde no pude (no quise) ocultarme y hablé de mí, es decir, del antifaz al que más me apegaba; y es que con ella me sentía cómodo y me asombraba la facilidad con que deslizábamos de un tema a otro, de lo esencial a lo nimio, sin trabas, cómplices espontáneos. Y medio en broma medio en serio le dije que todo no era más que una trampa para llegar a este preciso instante en que

ella buscara entrar en mí. «Es mucho pedir, ¿no te parece?» «No.» Pasó de largo como si nada y tuve la rara intuición, no sé por qué, de que era yo el títere y que todas mis lucubraciones encajaban perfectamente en un plano que ella había trazado para mí.

Salimos del bar poco antes del cierre –y poco después de acceder, sin que Sarah se enterara, claro está, a que la cuenta me fuera fiada. Antes de llegar a la plaza, viramos hacia el pasaje lindante con la clínica dental y desembocamos en las veredas arboleadas que prefiguran al barrio burgués de Champel. Luego de una vuelta por las callejuelas pobladas de silencio y de una luz débil, parpadeante, dimos con el fresco rumor del río. De noche el cieno cedía a una lámina plateada de vetas chispeantes. «No me pidas que bajemos a la orilla», dijo ella sonriendo, después de un alto. Dejando el bulevar, penetramos en un sendero sin luz. «¿Sabes por dónde vamos?» «No.» El trecho daba a una mansión a cuyo costado se abría una pequeña playa de estacionamiento que parecía empalmar con un parque al fondo. Tras una breve hesitación Sarah prefirió dar marcha atrás. Aun así llegué hasta el límite del parqueo y descubrí que un enrejado lo aislaba. Cuando la alcancé, se recostó a mi hombro enlazándome el brazo. Atrás quedaba el bulevar y caímos nuevamente en el pasaje. Por fin nos detuvimos debajo de una farola fragmentada por el ramaje de un avellano –extraña decisión la de pararnos justo en un claro de luz cuando bien sabíamos lo que iba a pasar. «Abrázame.» Y (con demasiado apuro quizás) no me hice rogar. Con una mano alisé su melena y (ahora despacio) deslicé la otra a lo largo de su espalda y al tocar su talle busqué la piel, y era suave y tensa, y rozándola ora con las uñas ora con la yema de los dedos subí por esa raja profunda donde su espalda se abría a las caricias, dócil, amplia. Quise besarla pero ella evitó mi beso besándome la cara, el cuello, mordiscos en un lóbulo, y yo por sus hombros tiernos, ligeros, agarrando con fuerza su nuca, brusco arrebató. La mano, guiada por los designios propios del tacto, resbaló hasta las nalgas, que presentía duras y llenas y un «no, por favor» la frenó en su caída. «Abrázame bien fuerte.» La apreté de un abrazo tosco, buscando sus labios y ella volvió a evitarme, esta vez con un lamido en la oreja que era un capricho: «Sólo quiero un abrazo.» Otro lamido. La apreté aún más. Oí un sollozo y rápido palpé su rostro –ni una sola lágrima. «¿Estás llorando?» «Estoy bien.» Continuamos abrazados; yo al acecho del menor indicio; ¿ella? «Ráscame la espalda.» «¿Qué?» La miré sin entender pero entendí que no era

broma al romper ella el cerco de brazos, zafando por debajo del pulóver su sostén. «Me gusta que me rasquen la espalda.» No lo creía y, sin embargo, mis manos, obedeciéndola a ella, empezaron a rascar con insistencia el borde interior del omóplato derecho. Descarté que fuera un curioso stratagemma para facilitarme el acceso a sus senos, pero la idea de llegar a ese pecho de pezones pezuñosos me causó una oleada de pequeñas sacudidas –pene comenzaba a izar cabeza. La aparté de mí con el pretexto de otra posición para mi mano, razón que no distaba de ser cierta ya que el antebrazo acusaba sus primeros calambres. Mientras, Sarah gemía (¿fingía?) con el deslizar de las uñas, el variar de su ritmo; placer ambiguo que repercutía sin ambages en la erección cada vez menos contenida por la doble barrera de calzoncillos y portañuela. Cambié de mano, ella soltó un quejido ronco, y la agarré por el hombro, agilizando los rasguños para que pronto se acoplaran al filo de su voz jadeante, ahí, sí, huidiza, más arriba, ay, un poquito más a la izquierda, sí, ahí me pica, así, vagidos, sí, así, no te pares, y claro que no paré, desquiciado por sus súplicas, por sus gritos entrecortados, y en esas idas de mano me vine. Y, bien que no parara para no traicionarme, mis espasmos debieron de alertar a Sarah, quien calló de inmediato y con una media vuelta anuló mis últimos arañazos. «Gracias», acentuó con voz melosa, abrochándose el ajustador. Quédé mudo –¿se habría dado cuenta? Seguí sus pasos en un silencio de plomo que era el eco de mi ego tocando fondo. Me había venido ¡rascando una espalda! Ni un beso, nada. Ridículo. De vez en cuando ella se viraba y su mirada era un signo que no me atrevía a descifrar: ¿tierna? ¿cómplice? ¿piadosa? ¿socarrona? ¿despectiva? Matices fuera de mi alcance. ¿Y si no me daba una segunda oportunidad? Cualquiera falla, pero no así. Tenía que arrancarle otro chance por todos los medios pero al mismo tiempo se me hacía imposible volver al ruedo. Si no me daba otra oportunidad... Por enésima vez pisamos el bulevar, subiendo en dirección del hospital, y, al torcer por un callejón, ella me tomó la mano. «Me gusta lo frágil que eres.» «Te equivocas», repuse vejado por su indiscreción. «Haces todo por darte una imagen y no te das cuenta de lo cómica que es. Es como si te tomaras en serio todas las cosas que inventas, igual que un niño.» «¿Cómo puedes estar segura?» «Eres tan ingenuo que vives convencido de que logras lo que quieres.» «¿Y no es así?» «Sí, por equivocación.» Y la venida se abrió como una perspectiva infinita saturando toda mi mente. Rara noche en que nada coincidía, mucho menos el retrato absurdo que Sarah hacía de mí. Esas

palabritas recitadas reanimaban, sin embargo, la intuición de antes: ¿sería yo para ella una simple marioneta? No, imposible. ¿Y si lo era? Me pareció monstruoso: yo, convertido en pura diversión. Miré hacia arriba, el cielo apagado, luego la fachada salmón de un edificio y la pregunta que al parecer se repetía pues noté en ella algo de agravio: «¿No quieres subir?»

Cuidadosamente me escabullí de la cama. En el sillón adosado a la pared hallé el ángulo idóneo para delinear su cuerpo rociado por la gota de luz que de la vela se derramaba. Y vi que no me habían engañado mis ojos ni mi tacto: la mujer allí rendida era sencillamente perfecta. La contemplé con devoción, oliendo de vez en cuando mis manos para avivar la visión de la desnudez con el aroma de su sexo –la adoración de la diosa celebrada con la resaca de su piel, de sus besos, de sus piernas trezándose ávidas, de sus lánguidos quejidos. Divagué durante un largo tiempo, aliviado por la certeza de haberme redimido al verla gozar. Más tarde regresé a su lado y acaricié su pecho húmedo aún de un ligero sudor, sus nalgas empinadas, tensas, su cintura tibia, su rostro ahora de niña por el sueño. Y vi que hacia este punto ingrávito volaban ya, fulminantes, los perdigones de la ruptura.

